

PERSECUCION

Alfonso Alvarado / Facultad de Comercio y Administración

Estaba totalmente ajeno a la irrealidad, cuando me percaté de que podía alcanzar las estrellas con las manos. Sin embargo, no era conveniente en esos momentos alterar el orden establecido, por lo que decidí esperar; algo iba a suceder y yo iba a ser testigo del esperado acontecimiento. Observé a una niña con un pesado paquete abordar un taxi, una sombrilla cubrir a una dama, los árboles, la fuente. Frente a mí, un anciano bajo de estatura, permanecía de pie, mirándome de soslayo; indeciso, se acercó y me saludó cortésmente. Iniciamos una conversación que encaminó hacia su problema. Cuando me lo dijo, estuve a punto de reír: Un duende lo perseguía. Le hacía bromas, le escondía sus objetos personales, no lo dejaba dormir. Según me decía, estaba desesperado, sin saber qué hacer. Cambió de domicilio varias veces sin resultado alguno. Un sacerdote bendijo su casa, lo cual, lejos de ahuyentar a ese indeseable ser, lo había vuelto insoportable, ya que sus fechorías eran más frecuentes; le era imposible vivir ya.

Era tal la vehemencia con que me platicaba estos sucesos, que despertó en mí la duda. Intrigado, lo interrogué acerca del tema; necesitaba saber qué era un duende, de qué se alimentaba, cuáles eran sus satisfacciones. Quería indagar todo lo relativo a ellos, si existían realmente, si sufría este hombre alucinaciones o únicamente pretendía hacerse objeto de una burla intrascendente. Mientras hablaba, lo observé con detenimiento; medía escasamente metro y medio, grueso, más bien regordete, dedos cortos con uñas un tanto alargadas, el pelo abundante, blanco y quebrado, formando una pequeña melena, que no alcanzaba a cubrir la puntiaguda originalidad de sus orejas.

Me informó así, que los duendes son seres malignos de otro mundo, que viven a expensas de los hombres, que pueden hacerse invisibles, diminutos, intangibles, y adquirir cualquier aspecto o forma deseada, lo que les permite estar en cualquier parte, en cualquier tiempo, que no se alimentan, y una serie de atributos de que supuestamente están dotados.

Yo lo escuchaba con disimulada complacencia, pero cuando habló de sus costumbres, de su cleptomanía y del modo como son felices, sentí un abierto enojo, al percibir que hablaba con una profunda ignorancia de ellos, y me exasperó más, cuando profirió que los gnomos eran lo mismo. Pude conte-

nerme todavía un momento para hacerle una última pregunta, antes de darle un escarmiento.

—¿Y desde cuándo empezó su batallar, como usted dice, con este ser?

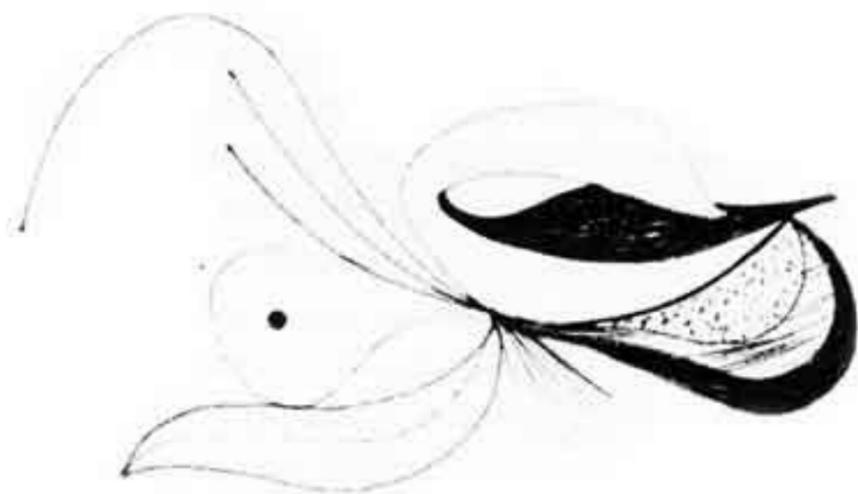
—Hace unos cuarenta años, mientras leía sentí como una mano, meter algo en la bolsa de mi camisa. Después del susto inicial, saqué un papel que decía: “Los hombres tienen el duende que se merecen; acaban de darme mi nombramiento.”

Lo miré directamente a los ojos, firme, directo, y descubrí que decía la verdad en esto último, lo cual no lo eximía de mi enojo anterior. Sin dejar de verlo, desaparecí mientras me contemplaba.

Caminé unas calles pensando en el incidente y planeando en darle unas vacaciones a este señor, para darle tiempo a recuperarse. Al pasar frente a un restaurante, mi hambre se agudizó, así que entré y pedí una orden. Veía mi plato, regocijado, al recordar que los duendes no comen, cuando me sorprendió un movimiento brusco dentro de mi saco. Mi cartera, pensé de inmediato; por instinto, palpé la bolsa: el estuche de cuero aún se encontraba ahí. Lo saqué para cerciorarme que tenía el dinero todavía, y al abrirlo, descubrí un papel tipo telegrama y un mensaje: “Los hombres tiene el duende que se merecen. Los duendes tienen el gnomo que se merecen; acaban de darme mi nombramiento.”

—No —balbucí.

De eso, hace más de cuarenta años; mucho más.



Delia 70